

ELI TARASIUK PLOC

Lo que fuimos por un instante



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Tarasiuk Ploc, Eliana Soledad

Lo que fuimos por un instante / Eliana Soledad Tarasiuk Ploc. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2025.

210 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-87-7174-8

1. Novelas. I. Título.

CDD A860

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

www.autoresdeargentina.com

Mail: info@autoresdeargentina.com

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

No te elegí para siempre, te elegí para crecer.

PRÓLOGO

Hay amores que duran un instante y te cambian para siempre. Eso es lo que me pasó a mí. Me llamo Alma, tengo 35 años, y hubo un día en el que todo aquello que creía firme se desarmó por completo. A veces basta un hecho mínimo, una voz o una sola persona para patear el tablero que parecías tener controlado. Qué fuerte decir “me cambió la vida”, ¿no? Pero eso fue exactamente lo que sucedió. El cambio estaba ahí, latente, esperándome hacía años; yo lo esquivaba como podía. Lo llamaba orgullo, pero en realidad era miedo: miedo a mirarme de frente, a elegir algo distinto de lo ya conocido, a dejar atrás una vida que no me llenaba, pero me resultaba segura.

Me encantaría que esta historia empezara por lo lindo que me hizo sentir, pero todo renacer nace del caos, y para entender lo que me pasó es necesario contarte lo que se rompió antes. Un día apareció él, de la nada, en el momento menos buscado y en el lugar menos previsto. Lo que yo creía un castillo de ladrillos resultó ser un castillo de naipes. Bastó su presencia, sus charlas y su forma de ser para que algunas piezas se movieran, otras cayeran y otras, por primera vez, dejaran entrar un poco de luz. Él vino a cuestionar todo lo que daba por sentado, a romper creencias que pensé inamovibles, a despertar sueños que había escondido en un cajón y, sin proponérselo, me empujó hacia una versión de mí que aún no conocía.

No sé si llamarlo destino, casualidad o simplemente vida, pero hay personas que llegan para revolvarte, sacudirte y reacomodarte de maneras que no esperabas, y que a veces lo más importante no es cuánto duran sino lo que despiertan mientras están. Pero no voy a adelantar nada más. Esta historia no empieza con un gran gesto ni con un momento épico; empieza como empiezan las cosas que real-

mente importan: en silencio, sin aviso y con una vibración que no supe nombrar hasta mucho después.

Así que volvamos al principio, al instante exacto en el que todo comenzó a moverse, aunque yo todavía no lo supiera. Eso pasó hace cinco años.

Primera parte

Caos

Caos: estado de desorden o confusión total. Todo nuevo comienzo nace de un caos previo, aunque ese caos no aparece de un día para el otro; se va gestando en el inconsciente hasta que alguien –o algo– viene a despertarlo y a preguntarte, sin mucha delicadeza, “¿qué vas a hacer con todo esto?”. En mi caso, fue alguien.

Este inicio empezó a mis 22 años. Yo estaba convencida de que la independencia era una especie de armadura: si podía sostenerme sola económica y emocionalmente, nadie iba a poder decirme qué hacer ni “salvarme” sin mi consentimiento. Según esa lógica, crecer significaba no necesitar a nadie. (Una teoría hermosa... hasta que una se da cuenta de que no es más que una excusa para no pedir ayuda).

A esa edad creía que tenía la vida resuelta, pero en realidad vivía más perdida que alumno en el primer día de facultad. Caminaba por los pasillos con una carpeta en la mano, abriendo puertas que parecían conducir siempre al mismo lugar: a ninguna parte. Probé carreras con la esperanza de encajar, pero ninguna se sentía como “mi lugar en el mundo”. Aun así, insistía, empujada por esa presión silenciosa de tener un título colgado en la pared, como si eso pudiera darme identidad.

Después empecé a trabajar en una corporativa: el trabajo soñado para alguien que no sabía lo que quería. Tenía prestigio, nombre, importancia... y el vacío bien disimulado entre reuniones y correos. Con el diario del lunes entiendo que era la misma sensación que en la facultad: perdida, pero ahora con sueldo.

No voy a mentir: al principio fue una aventura. Coordinaba proyectos, tenía reuniones importantes y recibía mails que me hacían sentir parte de algo enorme. De 9 a 18 me movía con un profesio-

nalismo casi estudiado, como si mi vida dependiera de que nada se desordenara. Y funcionaba. Me gustaba. La oficina olía a café, tinta de impresora y alfombra, esa mezcla tan clásica que después de un tiempo una termina aceptando como “hogar corporativo”. Había pantallas, teclados que no paraban y jefes que repetían “¿lo tenemos para hoy?” como si fuera un mantra budista. Ese frenesí alimentaba mi ego: ascensos cerca, reconocimiento, oportunidades. Yo me convencía de que ahí estaba construyendo un futuro sólido.

Hoy lo veo claro: una puede ser muchas cosas sin tener nada colgado en la pared. Pero en aquel entonces corría detrás de un certificado como si ahí estuviera mi personalidad.

No sé cómo pasó, pero sí sé quién lo desencadenó. Un día algo empezó a desgastarse, muy de a poco, tanto que no lo noté... o no quise notarlo.

Mi vida se volvió un *loop*. Me despertaba antes de que suene la alarma –no por eficiencia, sino porque mi cuerpo ya entendía que descansar era opcional–. Me levantaba, me hacía un rodete improvisado digno de tutorial fallido de YouTube y caminaba a la cocina sin prender la luz. La penumbra alcanza; a veces es más honesta que la mañana. Ponía la pava, preparaba el primer mate apoyando las manos en la mesada fría y pensaba: “solo un día más”. Ese contraste entre el calor del mate y el frío del mármol me recordaba que yo también funcionaba por contraste: calidez hacia afuera, hielo adentro.

El gimnasio a las seis, la ducha a las siete, el primer mail a las ocho. Mi vida era un Excel: ordenado, eficiente y sin margen de sorpresa. Y aunque me gustaría decir que eso me daba paz, no: solo me daba estructura, esa estructura elegante que usamos para no mirar lo que duele.

Entrenaba sin pensar; si pensaba, aparecían preguntas, y si aparecían preguntas... bueno, ahí venían las respuestas, que es lo verdaderamente incómodo. Volvía a casa, me duchaba y me sentaba frente a la computadora. Trabajo remoto, mate caliente y tareas que ya hacía con los ojos cerrados, lo cual era útil... pero también señal de alarma.

En lo laboral nunca me temblaba la voz; en la vida... ahí la historia era otra.

Mientras respondía correos, sentía ese tirón interno que aparece cuando –o alguien– se cruza en el pensamiento. No un nombre, no un recuerdo: apenas una sensación. Algo queriendo salir del cañón donde lo había guardado. Lo empujaba hacia abajo; funcionar es más fácil cuando una no revisa nada.

Los días eran una copia del anterior. Sin deseo, sin curiosidad, con un cansancio viejo que nunca empezaba en el cuerpo, siempre en el alma. El equipo se conectaba a la misma hora, todos con sonrisas profesionales, esas que dicen “todo bajo control” aunque en realidad nadie sabe ni qué está haciendo. Yo también sonreía. Era buena sosteniéndome sola; tan buena que nadie notaba cuándo estaba cansada.

Las mañanas pasaban entre reuniones, *checklists* y mensajes respondidos al instante porque no sé funcionar de otra forma. Pero algo, muy adentro, empezaba a vaciarse. No era tristeza ni dolor: era ausencia. Una intuición de que faltaba algo y yo no tenía idea de qué. A veces miraba el reloj como si dependiera de él para respirar, pero los minutos parecían burlarse. El tiempo se estiraba, yo me encogía.

Dentro de mí había una voz insistente: “Esto no es vida, Alma. Estás lejos de vos misma”. Pero yo la callaba con profesionalismo. Tomaba aire, apoyaba la frente en la mano y me decía que estaba bien, como siempre. Orden, control, permanencia. Quedarme. Siempre quedarme, aunque incomodara.

Lo único que escapaba a esa monotonía era un sueño recurrente: estudiar literatura, ser profesora, hablar de libros, de poesía, inspirar a alguien como Keating en *La sociedad de los poetas muertos*, mi película favorita desde siempre. A veces abría un libro a escondidas. Dos páginas. Medio poema. Lo justo para recordar que adentro mío había una llama, chiquita pero terca.

Pensaba cómo sería animarme a ese deseo, pero enseguida aparecía la otra voz: “No podés dejar un trabajo estable”, “No podés empezar

de cero ahora”, “No podés arriesgarte así”. Y volvía a quedarme quieta. Una estatua de mí misma.

Así pasaron años. Misma silla, mismo rol, mismo cansancio. Y la misma pregunta rondando: “¿Para qué sigo acá?” Siempre respondida con excusas.

Hasta que un día, cuando ya había dejado de creer en varias cosas –incluido el amor–, apareció él. No lo esperaba. No lo buscaba. Ni imaginaba que algo así pudiera pasarme a esa altura de mi vida. Pero llegó. Justo cuando yo había aceptado que quizás mi destino era quedarme sola, sin historias compartidas.

Él vino a desordenarme. A romper silencios. A mostrarme que quedaban partes de mí vivas, aunque yo hubiera decidido ignorarlas. Me miró como si me reconociera, como si viera algo que yo había olvidado: que una puede ser valiente incluso cuando tiembla; que abrirse no siempre es romperse; que los sueños no desaparecen, solo esperan.

Y sin quererlo, sin planearlo... él fue la grieta por donde entró la luz.

Ahí, sin darme cuenta, mi historia empezó a cambiar.